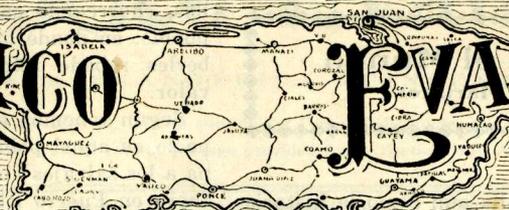


PUERTO RICO EVANGÉLICO

Pro Christo



Año XI

Ponce, Puerto Rico, Agosto 25, 1922

Núm. 4



Una reunión evangélica entre los soldados portorriqueños y sus familias que residen en Panamá.

(Véase la página 4)

guen adelante con la bandera realizando tan noble y grandiosa obra.

Estos hermanos en Panamá, que de modo tan entusiasta organizan una sociedad cristiana para realizar una labor evangélica entre sus compañeros, han entendido el espíritu misionero del Nuevo Testamento y lo están llevando a la práctica. Estas elocuentes indicaciones nos enseñan también que nuestros hermanos portorriqueños, además del espíritu de consagración, tienen el espíritu misionero, e inspirados en estas vivas demostraciones de lealtad a Cristo y de consagración a su obra, nace un sueño en el fondo de nuestra alma y contemplamos un cuadro en el que aparece Puerto Rico convertido en un gran centro misionero infundiendo raudales de luz evangélica en el corazón de nuestros pueblos hermanos de América Latina. Y ya el sueño empieza a convertirse en realidades en la fértil región de Quisqueya y en la importantísima zona del Canal de Panamá.

¡¡Adelante hermanos, adelante!! “Estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”

H. Cotto Reyes.

VIEJOS JOVENES Y JOVENES VIEJOS.

Por Abelardo M. Díaz Morales.

“Miguel Angel escribía versos a los noventa y nueve, y el célebre Ticiano casi llegó a la edad de cien años; su último ruego fué que pudiese vivir aún para terminar cierto fresco. Estos genios serán jóvenes, a pesar de su avanzada edad... La vida virtuosa conserva esta juventud, que es algo más que tener pocos años.”

—A. Nin Frías.

“Y era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió: sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor.” Deut. 34:7.

“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud.” Ecles. 12:3.

A primera vista el título parece una manifiesta contradicción, una chocante paradoja entre las paradojas más chocantes, pero a poco que se medite sobre él, se verá que encierra una verdad tan universalmente clara como inadvertida.

La verdad a que me refiero es el curioso y trascendental fenómeno de una ancianidad perpetuamente juvenil y de una juventud prematuramente envejecida. Hay cuerpos viejos conteniendo almas jóvenes y cuerpos nuevos encerrando almas viejas. El anciano joven lleva el invierno en la materia y la primavera en el espíritu; el joven anciano, por el contrario, lleva la primavera en el cuerpo y el invierno en el alma.

Mas esto no es toda la verdad. La nieve que llevamos dentro, pronto saldrá al exterior. El invierno del alma llega a ser también el invierno del cuerpo. El envejecimiento de aquella determina irremisiblemente el envejecimiento de éste. Las flores que crecen en el interior, tarde o temprano, se mostrarán en el exterior. La primavera del alma también se convierte en la primavera del cuerpo. El rejuvenecimiento del corazón implica necesariamente el rejuvenecimiento del rostro. Resumiendo diré: ser viejo o joven en el alma equivale a ser viejo o joven en el cuerpo.

Cualquier observador imparcial y cuidadoso no podrá menos que notar el importantísimo fenómeno que aquí señalo. Entre los latinos, y especialmente entre sus descendientes del trópico, existe una enfermedad social que he llamado impropriamente **el envejecimiento prematuro del alma latina**; he dicho impropriamente, porque las almas no están fatalmente sujetas, como las plantas y los animales, al triste e inevitable proceso de la decadencia. Y entre los pueblos sajones y anglosajones sucede todo lo contrario. Esa gente admirable posee, sin duda, el raro y preciosísimo secreto de una ancianidad siempre juvenil. El célebre aventurero Juan Ponce de León se engañó por completo al buscar en la Florida la fuente prodigiosa que rejuvenecía a los viejos. Yo puedo asegurar que he tenido mejor suerte que el intrépido guerrero español, pues he descubierto la maravillosa fuente de la juventud perpetua en la actividad incesante y el optimismo inquebrantable de la grande, grave y sana alma sajona.

Nosotros nos llamamos y sentimos viejos antes de tiempo. La palabra viejo está en la boca de todo el mundo. El hijo, hablando del padre que no ha cumplido aún 50 años, dice: “El viejo me va a echar el gran regaño.” Y cuando se refiere a la madre, en lugar de usar el expresivo vocablo mamá, lo sustituye por la frase, la vieja de casa. La vivaracha virgen de 15 abrilles llama despreciativamente vieja a su amiga de 30 años; y cuando ella cumpla 25, no faltará una muchacha de 12 años que la tenga por vieja también. Un hombre en la plenitud de sus facultades físicas y mentales, nos dice con aire compungido: “Amigo, me estoy volviendo viejo: ayer cumplí los 30.” Y clavando sus ojos en nosotros, nos lanza una mirada de carnero degollado, a tiempo que pregunta con lacrimoso tono: “¿Qué te parece?” Si uno se enferma por una semana, al dirigirse a la barbería para afeitarse, nuestros amigos y conocidos nos detienen en la calle, y con ojos muy abiertos, ademanos muy vivos y palabras muy alarmantes em-

piezan a decir: "Muchacho, ¿qué te pasa? Te estás muriendo. Pareces un mismo cadáver. Estás más barbudo que un capuchino. ¡Ave María, qué viejo te estás poniendo! Cúidate, porque a tu edad (aunque uno no pase de los 30 años) fácilmente uno las lía." El limpiabotas, el cochero, el muchacho que carga maletas o vende pasteles, el amigo, en fin, todo el mundo, en vez de llamarnos por los nombres de Antonio, Pedro, Juan, Serafín, Gerardo, etc. simplemente nos gritan: "¡Eh viejo! ¿Quiere pasteles? ¡Mire, viejo! Yo le llevo la maleta. ¡Párate ahí, viejo, que tengo que decirte una cosa! ¡Quítese de ese sitio, viejo, que aquí no lo ha llamado nadie!" Y oyendo constantemente llamarse viejo por aquí y por allá, por éste y por aquél, por María y por Juana, uno llega a creerse viejo de veras. Y la gente nos considera en seguida como tal. Aquí vemos que lo que principió siendo una broma, un mero refrán termina por convertirse en pesadosa realidad.

Habiendo expuesto lo que pasa entre nosotros los latinos, notemos ahora lo que sucede entre ellos los sajones.

Antes consentían que se les llamase viejos cuando contaban 50 años, pero hoy día protestan y se ofenden de que así se les clasifique, aunque pasen de los 60. Sólo toleran el antipático calificativo desde los 65 años en adelante. Nótese bien que digo **consentían**, **toleran**, porque el norteamericano, el inglés y el alemán no se consideran viejos ni aún a los 80 años. Fuertes de cuerpo, fuertes de mente y más fuerte de alma no sienten el peso de los años, ni experimentan el cansancio de la vida. Como el gran Víctor Hugo, podrán llevar la nieve del invierno sobre la cabeza, pero las flores de la primavera engalanan y perfuman su corazón.

Los ejemplos más insignificantes, a veces, ilustran las más grandes verdades. Voy a citar uno para poner de relieve la enseñanza que quiero dar. El día 7 de enero de 1914 celebróse un interesante servicio en el Templo Bautista de Caguas, consagrado a expresar públicamente los propósitos de los congregantes para el año. Después de haber hablado las señoras y los señores, rogué a los jóvenes de la iglesia que hicieran uso de la palabra. ¡Cuán grande fué la sorpresa de la congregación cuando vieron levantarse a nuestro amado ministro Hedgar L. Humprey con su bigote ya cano y casi cana también su cabellera! Algunos seguramente pensaron que él no había oído bien y que se trataría de una distracción; pero bien pronto él demostró que no era así, al exclamar: "Aunque tengo 47 años de edad, yo me tengo por joven, me

siento joven todavía, amo la vida, y ansío vivir muchos años, para consagrarlos al servicio de Dios, al extendimiento de su Reino....." Mientras él afirmaba que era joven, nosotros, creyendo que bromeaba, celebramos con significativas sonrisas y risa estrepitosa lo que juzgábamos una sana humorada del hermano. Más luego yo comprendí que aquel incidente no fué una humorada ingeniosa, sino una verdadera y elocuente revelación de la vitalidad inconmensurable, de la juventud perenne de la poderosísima raza sajona. ¡Oh, raza gigante, que marchas hacia la luz, hacia el porvenir, hacia Dios! ¡Raza titánica que fortaleces el cuerpo con la gimnasia, el pensamiento con el libre examen, la voluntad con la investigación paciente, la conciencia con la idea del derecho y el sentimiento del deber, el alma con el pan siempre sustentador y siempre rejuvenecedor del Evangelio! Un continuo soplo de eterna juventud, de inextinguible ambición, de inapagable esperanza, de fe inquebrantable y de amor todopoderoso renueva tu espíritu, el conquistador del mundo moderno, el árbitro de los continentes!

En la antigüedad hubo un pueblo genial que dejó impreso con el luminoso sello de la juventud en las dulces inspiraciones de sus poetas, en las primorosas estatuas de sus escultores y en las profundas enseñanzas de sus filósofos. Hablando de este pueblo maravillosamente juvenil, nos dice un conocido pensador sudamericano nacido en Uruguay y educado en Inglaterra: "El pueblo griego, maestro en muchas cosas, se acercó más que otro alguno a este equilibrio, al cual parecen también llegar los norteamericanos. Solón, Sófocles, Píndaro y Jenofonte vivieron hasta los ochenta y entonces trabajaron bien." (Estudios Religiosos, página 105.)

Pero el pueblo eternamente juvenil, el inspirador del optimismo moderno, el de la grande esperanza mesiánica, la esperanza por excelencia, es el hebreo; sus profetas en el Antiguo Testamento y sus apóstoles en el Nuevo nos hablan de cielos nuevos, tierra nueva y criaturas nuevas, es decir, proclaman la renovación de todas las cosas, el rejuvenecimiento de un antiguo mundo y de una vieja humanidad.

Describiendo los últimos momentos del gran legislador, el que creó el pueblo hebreo a su imagen, leemos en el último libro del Pentateuco: "Y era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió: sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor." (Deut. 34:7.) Moisés murió joven, a pesar de sus ciento veinte años. Era que aquel genio entre los genios había rejuvenecido su cuerpo

con el trabajo y su alma con la oración, porque la actividad del músculo y la pureza del espíritu constituyen las dos fuentes de la salud perfecta, de la salud perennal.

La primitiva iglesia predicó en las obscuras catacumbas de la Roma imperial el grandioso, consolador y divino Evangelio de la juventud perennal. Dice el historiador Hurst: "Cuando moría un padre de familia, la viuda y los huérfanos, al hacer recuerdos de él, lo llamaban **el muchacho**, puesto que había entrado a gozar de la juventud perennal."

El Espíritu de la juventud es una planta que exige constante y sabio cultivo. Regadla con el refrescante rocío de la esperanza de días mejores; sustentadla con el nutritivo jugo de la alegría del vivir; calentadla con el radioso sol del Evangelio, el cual difunde suaves y benéficos rayos de nobles ambiciones, de confianza bien entendida, de servicio gozoso, de pureza, de libertad y de amor.

Los individuos y los pueblos que, ora por el pesimismo en el pensamiento, ora por la indiferencia en el corazón o ya por los vicios en la vida, se resignan a ser viejos no han hecho más que firmar su propia sentencia de muerte. Por el contrario, los que llevan el optimismo en el pensamiento, la simpatía en el corazón y la virtud en la vida disfrutará de una sempiterna primavera, y el ideal será amado, el obstáculo vencido, la tarea cumplida, y el cielo anticipado. Esos individuos y esos pueblos no podrán morir, porque no quieren morir. Conquistadores serán de la tierra y conquistadores también serán de sí mismos.

Cansados de la vida, enfermos del alma, ancianos del espíritu, id, escuchad la bella y sentida invitación del pensador uruguayo Alberto Nin Frías:

"¡Jóvenes! venid, venid a trabajar en la viña del Señor. El vino que obtendréis es aquel que da larga vida al cuerpo y una eternidad al alma."

Caguas, P. R.



LA RELIGION DE NUESTROS PADRES.

Por M. A. Valentine.

Uno de los argumentos más favoritos de aquellos que ostentan religión sin tenerla cuando le hablamos del Evangelio, es éste: "Yo no puedo abandonar la religión de mis padres, porque ésa fué la religión que conocí desde pequeño." Este es un argumento tan manoseado y tan trivial, que aunque no tiene fuerza alguna en contra de la verdad incontrovertible del Evangelio, sin embargo

sirve para que se escuden tras él aquellos que desean mantener el prurito de ser personas muy religiosas. Pero detengámonos un instante y meditemos seriamente en este asunto, que por muchos conceptos merece nuestra más profunda atención.

¿En qué consiste "la religión de nuestros padres," según la expresión de tales individuos?

Es un hecho histórico por todos conocido que a nuestra madre España le cupo la gloria de descubrir y colonizar a Puerto Rico y gran parte de la América, y fué natural que impusiese sus leyes, costumbres y religión en todos aquellos países que por cientos de años estuvieron bajo la férula de su poder. Hemos de hacer una salvedad al llegar a este punto en honor a la verdad y a la justicia a que es acreedor el hidalgo pueblo español. España en su época de mayor florecimiento, de mayor libertad y prosperidad tuvo grandes exponentes de cultura religiosa que proclamaron las verdaderas enseñanzas de Cristo, tales como Osio de Córdoba, San Ildefonso y San Juliano de Toledo, San Braulio de Zaragoza y Leandro e Isidoro de Sevilla, quienes no fueron solamente pastores distinguidos, sino grandes y profundos filósofos—la Iglesia de España que tantos y tantos mártires diera al acero y a la hoguera y a ese nefando tribunal llamado la Inquisición—creía en Jehová, Dios trino y uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo—teniendo todos una misma sustancia, una misma eternidad y una misma divinidad—el solo Dios del Universo, que creó al cielo y a la tierra y todo cuanto en ellos existe. Pero para desgracia nuestra en tiempos de la colonización ya España se había sometido al férreo yugo de los obispos de Roma, cuya exótica religión impuesta en España fué también impuesta en las colonias, que por cuatro siglos no conocieron otra cosa, pues no existía en estos pueblos la libertad de culto. A través del tiempo y de la historia la conciencia del pueblo fué cediendo hasta que se entronizó en ella el espíritu de tal religión. Pero Dios en su eterna paciencia e infinita misericordia que había tolerado tales cosas por algún tiempo, no podía permitir que las tinieblas continuaran circundándonos, y rompió el velo de la ignorancia y nos abrió el camino para que penetrásemos al campo de la **Verdad y la Luz**. La entrada triunfal de los americanos por el puerto de Guánica el 25 de julio de 1898, determinó la fecha gloriosa en que habíamos de despertar a una nueva era de felicidad, a una nueva vida, a la vida de la libertad y la verdad religiosas.

En nuestro deseo de hacernos más parcos y comprensibles a nuestros lectores, señalaremos diez puntos para indicar someramente en qué con-